

bilitados ya los sitiados por el hambre y las enfermedades se dispusieron para capitular.

Habiéndose prolongado todavía más su inútil resistencia por no haber accedido á las proposiciones del ejército cruzado, volvieron á la tienda de Felipe Augusto, á quien prometieron entregar á los francos el madero de la verdadera cruz y mil seiscientos prisioneros, obligándose además á pagar doscientas mil monedas de oro á los príncipes cristianos. Obligáronse asimismo á dejar rehenes y todo el pueblo encerrado en Tolemaida en poder de los cruzados, hasta la completa ejecución del tratado, y así quedó aceptada la capitulación. Saladino quedó abrumado de dolor al recibir la noticia, y más que todo porque se preparaba para un último esfuerzo al objeto de salvar la plaza. Dos años había resistido ésta, defendiéndose con valor y resignación de héroes, y, según dice un historiador, «los cruzados derramaron más sangre y mostraron más valor al frente de aquella plaza, del que hubiera sido necesario para conquistar el Asia; pues durante aquel tiempo el hierro ó las enfermedades costaron la vida á cerca de cien mil cristianos.» Y es que la tierra y las playas de Siria devoraban todas las legiones que sucesivamente iban llegando de Europa. Merece que se fije la atención lo ocurrido en Tolemaida: un rey fugitivo, y sin cualidades para ceñir una corona, comienza el sitio que fué reuniendo todas las fuerzas de la cristiandad, y mientras todo el Occidente andaba revuelto por conquistar la antigua Salem del poder de Saladino, se concentró todo el valor de los guerreros de la cruz en una sola ciudad de las costas de Palestina, olvidando el verdadero objeto de las expediciones santas.

Y ya que estamos en el terreno de las consideraciones, no holgarán aquí algunas que se nos ocurren recordando el sitio y toma de Tolemaida.

La mucha duración del sitio fué causa de que puestas en contacto las pasiones y costumbres de sitiados y sitiadores se desarrollaran y competieran por decirlo así. Vióse allí la supremacía de la marina del Occidente contra la del Oriente, y á la marina se debió más que á nadie el buen éxito de las armas cristianas que habrían sucumbido ante la indomable constancia de los sitiados, sin los abastecimientos proporcionados continuamente por las naves que á su vez debían sostener combates con las de los sarracenos. La necesidad aguzó el ingenio de los combatientes de los dos campos, y se adelantaron mucho los medios así en la defensa como del ataque. Esto no obstante, fueron más perfectos también y nobles los sentimientos de humanidad que en las guerras anteriores; no fué tan refinada la barbarie, y se abstuvieron unos y otros, sarracenos y cristianos, de actos indignos de hombres, aun en los azares de la guerra. «Durante los días de tregua, dice un autor competente, las fiestas de la caballería interrumpieron la triste monotonía de los combates, y en la llanura

de Tolemaida se celebraron torneos, á que fueron invitados los guerreros sarracenos. Los francos danzaban al son de los instrumentos árabes, y los musulmanes á su vez danzaban también al son de los ministriles. El campamento cristiano delante de Tolemaida era como una grande ciudad de Europa, con sus artes y oficios; la industria ávida se aprovechó no pocas veces de la miseria de los cruzados, y muy amenudo también la codicia recibió su castigo. La miseria no pudo hacer cesar los vicios que reinan siempre entre una numerosa muchedumbre, aunque no faltaron tampoco grandes motivos de edificación, ni resplandecientes ejemplos de caridad. Formáronse asociaciones de hombres piadosos para asistir á los moribundos y dar sepultura á los muertos: los generosos auxilios que se prodigaron á los pobres soldados del Norte, dieron origen á la asociación hospitalaria de los caballeros teutónicos; y en aquella misma época se estableció también el Instituto de la Trinidad, cuyo objeto era el rescate de los cristianos cautivos en poder de los musulmanes. Felipe Augusto y Ricardo se repartieron los víveres, municiones y riquezas de la ciudad con señalado agravió de la multitud de los cruzados, que habían sufrido y peleado durante dos inviernos al pié de aquellas murallas. El rey de Francia se mostró benigno y moderado; pero el de Inglaterra abusó de la victoria sin consideración ninguna, no sólo respecto de los infieles, sino también de los mismos cruzados. Leopoldo de Austria había hecho prodigios de valor, y su bandera ondeaba en una torre de la ciudad; pero Ricardo mandó quitarla y echarla en los fosos. Leopoldo no quiso permitir que los guerreros alemanes tomaran las armas para vengar aquel ultraje, y la fortuna le deparó más adelante una ocasión propicia para satisfacer su resentimiento. Conrado tenía también sus quejas contra el rey de Inglaterra, y así se separó precipitadamente del ejército, y se retiró á Tiro.»

La rendición de Tolemaida parece que fué la señal de la partida de los cruzados, como si el objeto que les llevara á Palestina no fuera otro que la conquista de esta plaza. Felipe se retiró á Francia, aunque dejó en Palestina diez mil hombres á las órdenes del duque de Borgoña. El rey de Inglaterra, á quien sus hazañas y valor dieron el nombre de *Corazón de León*, continuó la empresa de las cruzadas.

Interin quedaba sin cumplir el tratado de la capitulación de Tolemaida, á pesar de haber trascurrido más de un año, porque Saladino no podía vencer la repugnancia que sentía á tener que entregar á los cruzados dos mil prisioneros prontos á armarse otra vez contra él, doscientas mil monedas de oro que servirían para mantener el ejército, y, sobre todo, el madero de la verdadera cruz, cuya sola presencia enardecía á los cristianos, y les hacía invencibles en los combates.

Muchas veces habían recordado éstos á Saladino el cumplimiento del citado convenio de capitulación, acompañando la intimación con amena-

zas de muerte contra los musulmanes que tenían en su poder; y á pesar de esto Saladino se mantenía inflexible, comprometiendo la suerte de los suyos y agotando la paciencia de sus enemigos. Como última intimación, fueron conducidos dos mil setecientos sarracenos prisioneros hasta donde acampaba Saladino, queriendo los cruzados que el sitio escogido fuese la más apremiante y última amenaza hecha al Sultán. Esta medida fué adoptada por Ricardo después de acordada en un consejo celebrado por los caudillos del ejército.

Después de haber dado bárbara muerte á todos estos prisioneros, salieron cien mil cruzados á las órdenes de Ricardo con dirección á Cesarea á donde no llegaron hasta después de seis días de penosa marcha. El estandarte de la guerra santa era llevado en un carro montado sobre cuatro ruedas, cubiertas de hierro, enarbolado en un alto mástil. Los heridos se colocaban alrededor de este carro y entorno del mismo se agrupaba el ejército en momentos de peligro. Como siempre, debían sostener los cruzados en su camino, continuos y pesados combates con los innumerables enemigos que á cada momento les interceptaban los pasos, prescindiendo aún del luchar con la aspereza de los caminos. Según refieren las crónicas de aquellos días, curiosas en extremo, antes de entregarse los soldados al sueño, recorría un heraldo el campamento, gritando: «Señor, socorred al Santo Sepulcro»; pronunciaba tres veces estas palabras, y el ejército las repetía con los ojos alzados hácia el cielo.

Los mayores peligros encontraronlos por su desventura los cruzados después de salir de Cesarea, porque deseoso Saladino de vengar la pérdida de Tolemaida y la muerte de los prisioneros sarracenos, había reunido su ejército para salir al encuentro del cristiano. Doscientos mil de los suyos opuso Saladino al ejército de Ricardo en las márgenes del Rocatalia, hoy Leddar, para cerrarle el paso. Preparó Ricardo el suyo en orden de batalla dividiéndolo en cinco cuerpos, dando la orden á todos de no separarse de sus puestos, y permanecer inmóviles cuando se acercase el enemigo. La retaguardia se vió acometida de improviso por una muchedumbre de sarracenos que se adelantaron desde las montañas veloces como rayos al son de sus clarines y ensordeciendo el aire con horribles gritos. En un momento quedó completamente cercado todo el ejército cristiano. La retaguardia, formada por los hospitalarios detuvo el primer ímpetu del enemigo, hasta el extremo de no interrumpirse la marcha de los cristianos á pesar de las muchas y violentas acometidas que sufrieron. Volvió Ricardo á circular la orden de sostenerse á la defensiva hasta que diesen la señal seis trompetas, dos al frente del ejército, dos al centro y dos á la retaguardia; pero no pudiendo algunos caballeros resignarse á la humillación de no aceptar el combate que se les presentaba, se arrojaron sobre los sarracenos sin esperar la señal de Ricardo, y seguido su ejemplo por algunos cuerpos del ejército, se hizo ya general la batalla.

Ricardo se multiplicaba, acudiendo á todos los puntos donde los cristianos necesitaban socorro, y la dispersión de los musulmanes era la señal de su llegada. El campo de batalla estaba cubierto de estandartes rasgados, espadas y lanzas rotas, no obstante de extenderse desde la colina de Arsur hasta la llanura de Ramla, y desde el mar hasta las montañas. Al fin, no pudiendo los musulmanes resistir los impetuosos choques de los cruzados, plegaron sus estandartes amarillos que huyeron perseguidos por las banderas de Ricardo. Como otras muchas veces, pareciéndoles á los cristianos un sueño su victoria inesperada, permanecieron inmóviles en el lugar donde habían vencido, y mientras se ocupaban en socorrer á los heridos, y recoger la abundancia de armas esparcidas por el suelo, admirados los sarracenos de no verse perseguidos, presentaron veinte mil de ellos que pudo reunir Saladino, para renovar el combate. El inesperado ataque cogió desprevenidos á los cruzados, y fué menester todo el valor de Ricardo, cuya presencia reanimaba á los suyos, para no ceder el campo á sus enemigos. Al emprender otra vez su camino para Arsur los cruzados victoriosos, volvieron los musulmanes á la carga con todo el valor que da la desesperación, para probar un último ataque contra la retaguardia; pero Ricardo voló al sitio del combate con quince caballeros solamente, después de haber rechazado dos veces al enemigo, repitiendo el grito de guerra: «Socorred, Señor, al Santo Sepulcro.» A la primera embestida quedó deshecho el ejército musulmán, y hubiera sido completamente aniquilado, después de vencido ya por tres veces, sino se hubiesen refugiado sus restos en el bosque de Arsur, cuya espesura favoreció su pronta y vergonzosa retirada.

Esta batalla pudo ser decisiva para la suerte de la empresa cristiana en la Palestina. Si Saladino la hubiese ganado, es indudable que desde aquel día habría desaparecido de Siria la cruz emblema del cristianismo; pero los cruzados no supieron aprovecharse de su victoria, persiguiendo á sus enemigos vencidos y fugitivos, que les hubiera dado por recompensa arrancar la Siria y el Egipto del poder de los sarracenos. El sitio de Tolemaida fué para éstos una lección severísima, como que ya no se atrevían á confiar su suerte dentro de murallas, por muy fortificadas que fueran; y prueba de ello es que Saladino destruyó á su paso cuantos castillos y ciudades encontró cuya defensa fuera difícil. La misma Jaffa no presentó á los guerreros de la cruz más que un vasto montón de ruinas.

No obstante, se realizaban heroicos hechos de armas entre tanta multitud de trabajos del ejército cruzado, y Ricardo triunfaba siempre de sus enemigos, como lo prueban los encuentros de Lidda, Ramla y Ascalon. Mientras tanto, las tropas del duque de Borgoña, y hasta él mismo soporaban difícilmente la autoridad de Ricardo, y el marqués de Tiro, Conrado, movido por su resentimiento, llegó á la baja de ofrecer á los sarracenos

su alianza contra el rey de Inglaterra. Éste, por su parte, renovaba á Saladino la promesa que le tenia hecha de volverse á Europa, con tal que restituyera á los cristianos el leño de la verdadera cruz y la santa ciudad de Jerusalem. Propuso asimismo á Saladino casar á Juana, viuda de Guillermo de Sicilia, con Malek-Adel, su hermano, y que reinasen los dos esposos sobre cristianos y musulmanes, gobernando el reino de Jerusalem; y si bien es verdad que este proyecto de enlace sorprendió no poco á los doctores del islamismo, adoptólo el sultan sin repugnancia, pero se frustraron todos los proyectos ante la oposicion hecha por los obispos cristianos.

Ricardo, contra lo que esperaba, fué acusado de traidor á la causa de la cruz, y se dispuso para recobrar la confianza de los suyos, á cuyo efecto hizo decapitar á todos los musulmanes que tenia prisioneros, y anunció además el proyecto de querer salir contra Jerusalem para conseguir su libertad. La esperanza de recobrar la ciudad santa resucitó el muerto valor de los cruzados; porque habian perdido su energía al ver destrozado su campamento por las lluvias del invierno, y haber perecido gran número de caballos y acémilas.

No dormia tampoco Saladino; antes al contrario, se ocupaba en fortificar cada día más á Jerusalem; reparaba sus torres y murallas, y hacia guardar los caminos que conducian á la ciudad de David por caballería musulmana. No faltaba, entre los cristianos, quien desaprobaba el sitio de Jerusalem en pleno invierno, pero la mayoría de los cruzados sentíase animada de ardiente entusiasmo; y al resolver los caudillos la reedificación de Ascalon, demolida por Saladino, se apoderó del ejército profundo desaliento manifestado por las murmuraciones contra Ricardo y lo que es más contra la Providencia.

Ascalon no era más que un monton de ruinas; todos trabajaron en reedificar la ciudad; como siempre, se multiplicaba Ricardo, removiendo él mismo los escombros y las piedras. Los trabajos de reedificación cobraron nuevo impulso con la llegada de mil doscientos prisioneros cristianos rescatados por Ricardo en el camino de Egipto. Mientras tanto, muchos caballeros no ocultaban decir que no habian ido al Asia para reedificar fortalezas sino para conquistar á Jerusalem.

Sentida por todos, al poco tiempo, la necesidad de la partida, propusieron elegir un rey que se pusiera al frente de los intereses cristianos, y designaron á Conrado universalmente conocido por su destreza y valor, aunque no muy querido del ejército. No pudo Conrado disimular su sorpresa y alegría, pero tampoco pudo gozar de la corona, porque fué asesinado por dos ismaelitas, mientras los habitantes, con banquetes y festines, celebraban su eleccion.

Enrique, conde de Champaña, sobrino tambien del rey de Inglaterra y del de Francia, reemplazó á Conrado en la dignidad de rey de Jerusalem,

como antes le habia sucedido en el gobierno de Tiro, y se casó con la viuda de dicho príncipe. Cuando Ricardo supo la muerte de Conrado y la eleccion de Enrique de Champaña, recorria las llanuras de Ramla: llamó en seguida á su sobrino y le hizo entrega de las plazas cristianas conquistadas por sus tropas. Presentóse luego en Tolemaida el nuevo rey de Jerusalem, é hizo su entrada entre las aclamaciones de la muchedumbre; las plazas presentaban nubes de incienso; las calles ostentaban vistosas colgaduras de ricas sedas, y entre coros de mujeres y niños, acompañó el clero á la iglesia al nuevo monarca de la antigua ciudad jebusea. Nadie, ni un solo voto, se acordó de Guy de Lusignan despues de la muerte de Conrado, porque todos le tenian por hombre inepto.

Ricardo, entre tanto, tuvo otra vez mayores motivos de recelo por su reino, ocasionados por las noticias, que le daban nuevos mensajeros llegados de Occidente. Un día que el rey de Inglaterra, solo en su tienda,—como acostumbra á menudo,—é inclinada la cabeza, parecia estar más inquieto que otras veces, vió presentársele un sacerdote peregrino, llamado Guillermo, en ademan compasivo y triste. Fijo como una estatua en el umbral de la tienda, esperaba una señal para adelantarse. Sus ojos soltaron algunas lágrimas al mirar al rey. Ricardo mandó á Guillermo que se le acercase, y despues de haberle aquél prometido que le escucharia sin enojarse, manifestóle que el ejército estaba descontento por su resolucion de abandonar la Palestina, y que la posteridad le reprobaria el haber abandonado la causa de Dios. Despues de recordarle sus gloriosas hazañas y decirle que los peregrinos veian en él su padre y amparo, manifestóle que todos los cristianos quedarian sumidos en profundo desconsuelo por su partida. Un heraldo publicó al día siguiente á todo el ejército que el rey de Inglaterra no partiria para Europa antes de las fiestas de Pascua del año próximo, anunciando de paso que el ejército de la cruz iba desde luego á emprender el camino para la conquista de la ciudad santa. Todos, al saber esta noticia, se dispusieron para cumplir con su deber; las alabanzas de Ricardo resonaban por todas partes, y todos comunicándose mutuamente valor, y felicitándose de antemano, se prometian la victoria. Pero ¡ay! la discordia debia hacer inútiles la intrepidez y el valor de los cruzados, y vanos todos sus deseos.

Acamparon los cristianos á siete leguas de Jerusalem, por la parte de Oriente, y allí estuvo Ricardo detenido algunas semanas, sin que consigne la historia si fué por haberse otra vez abandonado á la inconstancia de su carácter, ó porque temiera los preparativos de los musulmanes. Al cabo de un mes de inútil espera en el mismo campamento, decian con honda amargura los cruzados: «¿No iremos nunca á Jerusalem?» Dicen las crónicas que Ricardo aparentaba no oír estas quejas; pero que en secreto era de su mismo dictámen y que se enojaba contra su propia suerte; de ma-

niera que habiendo un día descubierto á Jerusalem, desde las alturas de Modin, á donde llegó en una de sus frecuentes excursiones contra el enemigo, lloró al ver á la ciudad santa, que él no había podido libertar, y cuyo recinto no debían pisar sus plantas.

Mientras tanto deliberó en consejo muchos días; opinaban unos por sitiar á Jerusalem, alegando que había estallado una revolución en Mesopotamia contra la autoridad de Saladino, y que debían aprovecharse aquellos momentos tan oportunos para las operaciones del sitio. Creían otros que todas aquellas noticias eran un lazo tendido por Saladino; y objetaban, además, la falta de aguas, los largos desfiladeros que debían atravesarse, y que en caso de algún revés delante de la ciudad santa, no podían apelar á una retirada, por cercarles por todas partes las tropas de Saladino.

La historia es aquí impenetrable: no da ninguna luz acerca de la diversidad de aquellos pareceres, que se ven confundidos con multitud de intereses que no podemos apreciar por falta de datos. De todos modos, Ricardo continuaba atacando siempre á los sarracenos.

Supo un día por algunos sirios que se dirigía á Jerusalem una caravana procedente de Egipto. Reunió, al saberlo, la flor de sus guerreros, salió del campamento al cerrar la noche, durante la cual caminó á la luz de la luna, y al asomar el día llegó á Hebron, en un sitio llamado Hary, donde estaba detenida la caravana con su escolta. Puesto Ricardo á la cabeza de los suyos, arremetió contra los musulmanes, que, al primer choque, huyeron despavoridos, dejando la caravana en poder de los cristianos. Regresó Ricardo á su campamento, llevando consigo, como trofeo de su victoria, cuatro mil setecientos camellos, muchos caballos, mulos y asnos, cargados de las más preciosas mercancías del Asia. La ciudad santa quedó confundida y consternada al tener noticia de la toma de aquella rica caravana, y en el ejército musulmán estallaron sordos murmullos contra Saladino que fueron fatales precursores de serias discordias.

Una vez más debemos consignar que los cristianos no supieron tampoco aprovecharse del espanto de sus enemigos, ni de aquel comienzo de insubordinación que se manifestaba ya entre las tropas de Saladino. Cuando el consejo decidió que el ejército abandonara las montañas de Judea, para dirigirse hácia el mar, apoderóse de los peregrinos honda tristeza. El duque de Borgoña y Ricardo se denostaban de distintas maneras recíprocamente, y con el desmembramiento del ejército cruzado se desvanecían todas las esperanzas fundadas en la santa empresa. Mientras tanto, reforzado el ejército de Saladino por los emires de Egipto, Mesopotamia, y Alepo, se apoderó de Jaffa despues de varios asaltos. Iba á capitular también la ciudadela, donde estaba refugiada la guarnición, cuando Ricardo llegó de Tolemaida con muchos buques montados por guerreros de la cruz.

Estaba ocupado el puerto por muchísimos sarracenos, pero Ricardo se echó al agua, seguido de sus guerreros más osados, y ganando la orilla, arrojó de la ciudad á los enemigos, persiguiólos por la llanura, sin detenerse hasta poner sus tiendas en el mismo sitio donde pocas horas antes tenía Saladino las suyas.

Estas victorias y fatigas y otras muchas que guarda la historia no produjeron ningún fruto á la cruzada. No obstante, cristianos y musulmanes parecían cansados por igual de la guerra, y abandonado ya Saladino de muchos de sus aliados, temía por la tranquilidad de sus estados; así que lo mismo él que Ricardo tenían interés en ajustar la paz, por lo que convinieron en una tregua de tres años y ocho meses. Según lo en ella pactado, quedaba la ciudad de Jerusalem abierta á la devoción de los cristianos, y conservaban éstos en su poder toda la costa marítima, desde Jaffa hasta Tiro. Pactóse también el derribo de la ciudad de Ascalon, porque la reclamaban para sí ambas partes contratantes; pero no se hizo mención ninguna del leño de la verdadera cruz, á cuyo efecto había enviado Ricardo varios embajadores al sultán. Los jefes principales de los dos ejércitos juraron sobre el Alkorán unos y sobre los Evangelios otros el cumplimiento de las condiciones de la tregua, pero Saladino y Ricardo se contentaron con empeñar su palabra y dar la mano á los embajadores.

Guy de Lusignan quedó enteramente olvidado en el convenio; pero, despojado de su reino, obtuvo el de Chipre, que era más positivo, aunque se debió pagar á los Templarios á quienes lo había empeñado Ricardo. A Enrique, conde de Champagne, se le dió la Palestina.

Los cruzados distribuidos en varias caravanas, fueron á visitar el Santo Sepulcro antes de regresar á Europa; pero los franceses que residían en Tiro, no quisieron ir por el camino que les había abierto Ricardo, pudiendo más en ellos la necia rivalidad que su devoción ó amor á los Santos Lugares. El duque de Borgoña murió mientras se preparaba para regresar á Europa. Al embarcarse en Tolemaida el rey de Inglaterra, para volver á su reino, lloraron los cristianos de la Tierra Santa; también lloró Ricardo, y, al salir del puerto, volvió los ojos hácia la playa que dejaba, exclamando: «¡Oh Tierra Santa, encomiendo tu pueblo á Dios; y quiera el cielo que pueda yo volver á visitarte y socorrerte!»

Este fué el término de la tercera cruzada, en la que perdió Alemania á uno de sus más grandes emperadores y su mejor ejército; y la Inglaterra y Francia perdieron lo más escogido de su nobleza, sin más ventajas que la conquista de Tolemaida y la demolición de Ascalon. Esto, no obstante, no produjo esta cruzada, á pesar de ser tan desastrosa, tantas quejas como la predicada por San Bernardo, porque sus desgracias iban acompañadas con el recuerdo de las gloriosas hazañas que en la misma se habían llevado á cabo. Como ya lo insinuamos antes en esta cruzada los